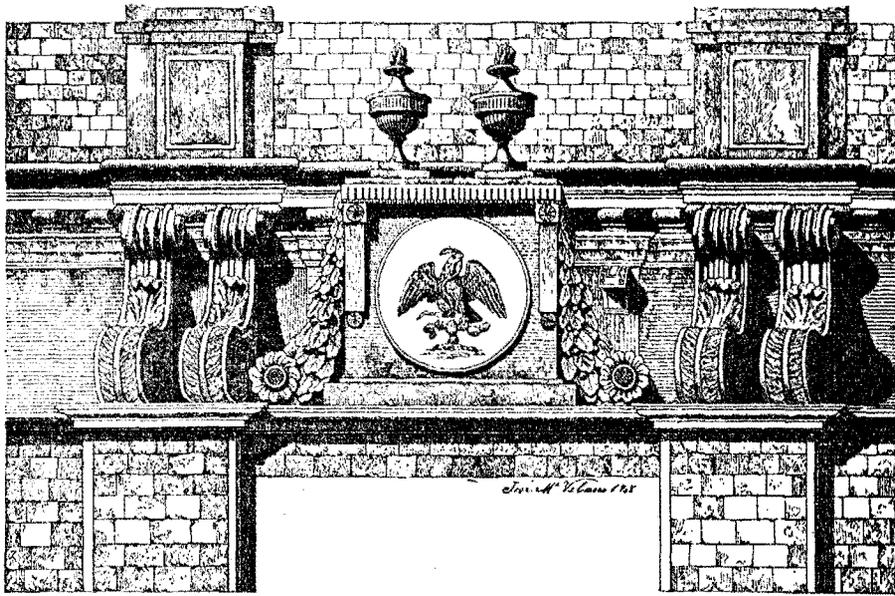


ESTUDIO SINTÉTICO
SOBRE
LA GUERRA DE INDEPENDENCIA,
POR
ANDRÉS MATEOS.

PREMIADO EN EL CONCURSO HISTÓRICO-LITERARIO ABIERTO POR EL MUSEO NACIONAL
DE ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y ETNOLOGÍA.



ADVERTENCIA.

Por acuerdo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, la Dirección de este Museo abrió un concurso histórico-literario, en abril de 1909, con el fin de celebrar el Primer Centenario de la Independencia Nacional. Los temas propuestos y los premios ofrecidos fueron los siguientes: I. Estudio sintético sobre la Guerra de Independencia. \$1,000.00.—II. Canto á la Independencia. \$1,000.00.—III. Biografía de Hidalgo. \$750.00.—IV. Canto á Morelos. \$750.00.—V. Asunto libre, en prosa, relativo á la Independencia. \$500.00.—VI. Asunto libre, en verso, relativo á la Independencia. \$500.00.—Los concurrentes, que podían ser nacionales ó extranjeros, pero á quienes se exigía que enviaran trabajos originales, inéditos, escritos en castellano y rigurosamente ajustados á la verdad histórica, dispusieron de un año— 1.º de mayo de 1909 á 1.º de mayo de 1910—para tomar parte en el torneo.

El Jurado Calificador, integrado por los Sres. Lic. D. Justo Sierra, Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes; Lic. D. Ezequiel A. Chávez, Subsecretario del mismo ramo; Senador y Lic. D. Joaquín D. Casasús; Lic. D. José López Portillo y Rojas; D. Francisco Sosa, Director de la Biblioteca Nacional, y el Director de este Museo, examinó los trabajos recibidos, de los cuales correspondieron siete al primer tema, once al segundo, cuatro al tercero, cuatro al cuarto, diez al quinto y diez

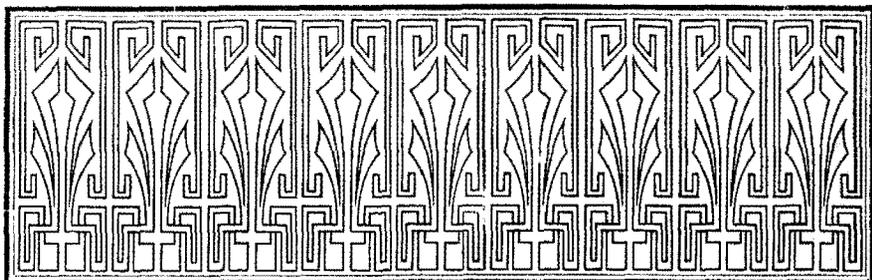
y seis al sexto, y resolvió, por unanimidad de votos, que sólo eran acreedores á premio los amparados con los lemas «Nunc Horrentia Martis» y «Morir es nada cuando por la patria se muere;» uno versa sobre el primer tema y es original del Sr. D. Andrés Mateos, y el otro, titulado «A los héroes anónimos,» pertenece al tema sexto y es producción del Sr. Lic. D. Alfonso Teja Zabre. Ambos autores recibieron sus premios respectivos de manos del Sr. Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes en la velada que para el efecto se celebró en el Teatro Arbeu la noche del 25 de septiembre de 1910.

A propósito de las obras que triunfaron, el Secretario del Jurado Calificador, Sr. Lic. D. Erasmo Castellanos Quinto, expuso lo que sigue en el informe leído en dicha velada:

«El referido Jurado no cree que los trabajos premiados, correspondientes respectivamente al primero y al sexto tema, puedan llamarse perfectos; y por la consideración de que los concursos no son únicamente para los maestros, sino también para estimular las aptitudes desconocidas, juzgó de su deber premiar lo mejor entre todo lo que fué materia del certamen. No es de extrañar, por tanto, que el trabajo en prosa adolezca de algunas ligeras inexactitudes y encierre vacíos de escasa significación, si fué sin disputa el mejor de cuantos entraron en concurso, y que la poesía parezca dormir en tal ó cual verso, si muestra exquisiteces literarias y es, á juicio del Jurado, la de más inspiración de cuantas se recibieron.»

Como una de las bases de la convocatoria relativa autorizó al Director del Museo para pagar \$100.00 por cada uno de los trabajos no premiados que á su juicio fueran dignos de ser publicados en estos «Anales,» el mencionado Director ordenó la compra de los que enviaron la Sra. Da. Refugio García de Espejo (primer tema); el Sr. D. Roberto Argüelles Bringas (segundo tema); los Sres. D. Isaac Esparza, D. Antonio Albarrán y D. Alberto Lombardo (tercer tema); y este mismo señor y D. Elías Amador (quinto tema). Las obras restantes pasaron á formar parte del archivo de manuscritos de la Biblioteca del Museo Nacional.

A continuación publicamos el estudio y la poesía que alcanzaron los dos únicos premios otorgados.



PRIMERA PARTE.

Nunc horrentia Martis. . . .

I. Hacia el año de 1808 el espíritu liberal se había generalizado en la clase media, y la atrevida idea de un movimiento revolucionario parecía animarse en un grupo de mexicanos ilustres. Los recientes acontecimientos que en Europa habían trastornado el orden secular de las potencias católicas, ofrecían un pretexto para negarse á la obediencia y una ocasión para aniquilar el poder de una casta privilegiada que ostentaba su arrogante seguridad en medio de siete millones de esclavos.

Pero el primer intento, los primeros ensayos de conjuración denunciados en el confesionario, fueron reprimidos con el violento exterminio de los patriotas; y á la simple exposición teórica de los derechos del hombre, respondieron las autoridades españolas arrojando sobre la cabeza del pueblo los cadáveres de Primo de Verdad y de Talamantes. Esta política de terror precipitó el conflicto.

II. La historia de la guerra carecería de significación y de interés si, limitándose á los efectos puramente tácticos, dejara en la sombra el cuadro del estado social de la época y se negara á darnos una idea del carácter moral de los combatientes. Nosotros, que tenemos el deber de acelerar nuestra marcha, no haremos aquí sino agrupar un corto número de hechos característicos.

III. Los hijos de los españoles, así fueran simples hidalgos ó vástagos de una familia ilustre, si carecían de patrimonio, iban á confundirse en la humillación y en el desprecio, con el vulgo de los

villanos. Luego, si estos desheredados de la fortuna buscaban un alivio á su suerte en el amor de las hijas de los vencidos, producían con el tiempo una nueva especie de hombres que, por ser *blancos*, quedaban excluidos de las Leyes de Indias que amparaban á los naturales; y por no ser españoles, sufrían las preferencias que en favor de éstos creaban realmente un sistema de derechos quiritarios. Esta raza, considerada como espuria, tratada con menos miramientos que el populacho de las ciudades peninsulares, condenada á vivir en un país donde le eran vedadas las empresas que conducían á la fortuna, cautiva de la razón de Estado y condenada á una miseria sin esperanza, formaba el pueblo mexicano.

IV. No existen datos con que pudiera comprobarse que el gobierno de los virreyes concedía notable importancia á los mexicanos como parte integrante del grupo social. La autoridad política no tenía por objeto sino mantener la producción y el consumo en los límites trazados por los intereses mercantiles de la metrópoli. Nadie se ocupaba en meditar lo que harían para subsistir seis millones de hombres, dadas las condiciones políticas y económicas de la Nueva España. El gobierno creía obedecer los preceptos de una sabia administración estableciendo el Tribunal de la Acordada, la horca permanente, comisarios y cuadrilleros para perseguir á los ladrones. Se ignoraba la incontrastable ley que impone rudas penas al egoísmo. El débil, el esclavo, abandonados á su miseria, luchan y mueren ignorados; pero su cuerpo herido ó su cadáver insepulto vierten efluvios letales que se difunden en la estancia de los felices.

V. Los empleos con que el gobierno y la Iglesia se dignaban agraciarse á un mexicano, eran en general los más humildes. Teníase por venturoso un abogado que, como el célebre historiador Bustamante, podía ser Asesor en un juzgado militar de provincia. Los abogados sin empleo se ocupaban en pequeños negocios, sirviendo y á veces engañando á los indios. Era proverbial la triste condición de los médicos. Dos ó tres notabilidades, insignes disputadores, y bachilleres latinistas, pero prácticos de dudosa pericia, daban abasto á las familias acomodadas. El sueldo de los catedráticos de la Universidad era risible. Los preceptores de las escuelas primarias recibían pequeños socorros en efectivo, y más generalmente subsistían con los comestibles que podía ofrecerles la caridad de sus discípulos. Los artesanos se hacían notar por su desnudez casi bárbara. La clase indígena daba siervos á las haciendas y criados sin paga á las ciudades. Proveedores de aves de corral, de peces, de hortaliza, de maderas, de carbón; fabricantes de objetos de ge-

neral utilidad, como las esteras y los sombreros, la jerga, los trastos de barro, todo á infimo precio, sustentaban con su trabajo á una enorme masa de gentes improductivas. La alcabala y el diezmo consumían las dos terceras partes de su trabajo. Dios y el César le sañan al encuentro en las encrucijadas, tomaba cada uno su parte, y él se volvía á su cabaña desnudo y hambriento, maldiciendo la vida.

Un seguro refugio donde los mexicanos inteligentes y honrados podían hallar, con las condiciones de una modesta existencia, la veneración de las clases humildes y, en ciertos límites, el respeto de los dominadores, fué siempre la carrera eclesiástica. En la soledad del curato, en el seno de remotas aldeas, se hallaban cultivadores de las letras, y sabios, algunos de ellos á la altura del siglo. Su saber, su carácter sagrado, sus virtudes y su íntimo contacto con el pueblo, llegaban á revestirlos de una verdadera soberanía. Muchos de ellos se ordenaban sin vocación para la Iglesia. Testigos de los desafueros que se cometían con los humildes, sólo podían callar y aborrecer. El grito de Dolores iba á revelarles su genio.

VI. Dejábanse sentir con brutal violencia los efectos de la desigualdad entre las razas, entre ricos y pobres, nobles y villanos, en los diversos rangos de la administración política y en la escala de las dignidades y autoridades eclesiásticas. Un oidor, con mayor razón un obispo, el rector de colegio, un simple clérigo, podían reprender y aún abofetear al hombre decente que, al dirigirse á ellos, hubiera omitido, por distracción, alguna insignificante fórmula de respeto. Hombres como el *Pensador* se veían forzados á soportar, con la cabeza descubierta, las crueles bufonadas de un Bataller. En Guadalajara, los prácticos del Hospital Militar presentaron un ocursopidiendo se les concediera vestir uniforme; y el siniestro General Cruz, entonces Gobernador de la Provincia, puso de su mano é hizo pasar por todos los trámites del acuerdo, un rescripto humorístico, ante el cual podían pasar como decorosos los chistes de taberna y la literatura de los pasquines.

VII. Los pueblos subyugados por la antigua Roma vivían, como los mexicanos, bajo la arbitraria autoridad de los procónsules; pero sólo había que temer la rapacidad de los agentes fiscales. Aquí, fuera de la carga de los tributos, se tenía encima una plaga desconocida de los antiguos: la vigilante é implacable suspicacia del Tribunal de la Fe, que extendía su jurisdicción sobre las conciencias. So pena de ser notado como réprobo, era indispensable la frecuencia de la confesión, la misa diaria, las limosnas periódicas para

el culto, la posesión de determinadas reliquias y la *Bula de la Santa Cruzada*. Nadie sabía si entre sus criados, en compañía de sus vecinos, ó entre sus próximos parientes se ocultaba, para anotar sus actos ó recoger sus palabras, un agente del Santo Oficio. La delación era obligatoria. La simple posesión de un libro inscrito en el *Index* comprometía la libertad y el reposo, y á veces la vida, abandonando á un hombre al terrible aislamiento á que lo exponía la censura eclesiástica. La vida mística absorbía por completo la personalidad humana; y la sociedad civil parecía regirse, como un coro de monjes, por el toque de las horas canónicas. Los sentimientos dominantes eran la tristeza y el pavor. De día, en las calles, se deslizaban á lo largo del escueto muro, una tras otra, fúnebres sombras con los brazos cruzados y el capuchón sobre los ojos. Eran frailes de todas las órdenes monásticas. Los enfermos, principalmente los leprosos, los indios y los negros fugitivos de las haciendas ó mutilados por el trapiche, los artesanos sin trabajo, los estudiantes envejecidos, un considerable número de desventurados que la viruela dejaba ciegos, formaban verdaderas legiones de pordioseros. De noche, al sonar la plegaria de las Animas, la ciudad caía de rodillas para dejar pasar sobre su cabeza, con el eco de las fúnebres campanadas, la visión de la muerte y de las penas eternas. Una hora después retumbaba en el campanario otro toque de origen medioeval, la *queda*, que ordenaba la quietud y el silencio. Las tiendas se cerraban y las luces desaparecían. En el interior de las casas, las mujeres y los niños, arrodillados sobre el lecho, bendecían los rincones, y oprimidos por amarga atrición, imploraban la asistencia divina contra la insomne malignidad del espíritu impuro. Afuera, solo, por las calles desiertas, delirante de hambre y ululando en la sombra, vagaba el perro perseguido por los fantasmas de la noche.

A veces la Iglesia se dignaba sonreír y ofrecía un correctivo á la habitual tristeza con fiestas como el *Corpus*, que era una solemnidad aristocrática, ó la *Navidad*, en que era permitido al pueblo entregarse á varias noches de inocente alegría.

VIII. México no era á principios del siglo XIX la ciudad que vieron Landivar y Cervantes de Salazar. Las aguas, al retirarse hacia el Oriente; habían dejado en torno de los islotes donde se edificó la ciudad primitiva, un asiento de fango que, afirmado con estacadas, servía de base á los nuevos grupos de construcción que exigía el creciente número de pobladores. Se dice que el Sr. Humboldt se sirvió llamar á esto la *ciudad de los palacios*. Un almenado caserón, los muros de un convento, las torres de la parroquia que

semejaban fortalezas, se erguían con severa majestad, señalando el centro de los cuarteles formados por humildes casas de adobe. En las casas de los grandes había patios inundados de luz, alegres corredores de cuyas balaustradas se desbordaba un manto de claveles. En el resto de la ciudad no escaseaban los huertos; y en los patios de las «casas de vecindad» templaba los ardores del sol el follaje de las higueras y del manzano. Detrás de algunas tapias de adobe ó de cantos rodados, asomaban los limoneros, las palmas, el laurel, los rosales arborescentes, y el granado en flor, movido por el viento, sembraba la calle con la espesa lluvia de sus corolas. Pero vista en conjunto, la ciudad era inmunda. No cabe aquí una relación de las atroces condiciones en que se hallaban, todavía en el año de 21, las cárceles, los hospitales, las «vecindades,» las escuelas, los cuarteles, las oficinas públicas, el mismo palacio virreinal, cuyo patio, donde se había establecido una turba de vendedores, ofrecía el aspecto y los inconvenientes de un mercado extraño á las preocupaciones de la limpieza. Hasta la época de la Independencia, la mayor parte de las calles, y en nuestro tiempo, muchas de ellas que daban testimonio de un estado reciente, se veían surcadas por acequias, donde circulaba lentamente, ó se estancaba entre las ortigas y los carrizales, una agua cenagosa cubierta de insalubres desechos. En las calles adyacentes á los costados de las iglesias, y atrás, al pie de un cuadro de ánimas ó de un Sacramento esculpido en piedra, se arrojaban las basuras del barrio. En el centro de la ciudad, aun enfrente de los balcones del Virrey, había fuentes sin agua que servían para el mismo objeto. Los conventos y grandes casas que daban la espalda á los canales, ofrecían á la vista oscuros boquetes con una ménsula de piedra, por donde vertían impudicamente y con regularidad casi fisiológica, el contenido de los depósitos interiores, trazando á lo largo del muro líneas permanentes de escurrimiento. En las cornizas y en las cruces de las torres y de los cimborrios se estacionaban en apretadas filas las aves carnívoras de enlutado plumaje; y luego, cuando á los primeros rayos del sol se desentumecían sus alas, bajaban á disputarse con los perros los cadáveres de los animales que se descomponían al aire libre en la mitad del arroyo. Un poco más allá de las últimas casas, se extendían anchas ciénagas matizando con su vellón de tule la alfombra de musgo que tapizaba las llanuras. De allí salía el *zancudo* y se exhalaba con el aroma de las ninfeas y del nardo silvestre el miasma de las calenturas malignas.

IX. Fuera de esta última plaga, las fiebres eruptivas, el reuma-

tismo crónico, las enfermedades de la piel, las cardiopatías de origen reumático y el mal de San Lázaro bajo todas sus formas, se habían convertido en afecciones endémicas. La tisis, sobre todo, hallaba, para redoblar sus estragos, una masa de infelices que, enervados por los ayunos, dominados por inconcebibles preocupaciones, oprimidos, víctimas de una ignorancia sin límites, se condenaban á perpetua inmovilidad en el fondo de habitaciones donde se negaba el paso al aire y á veces á la luz del cielo.

X. Las clases superiores presentaban ejemplos de prácticas no menos extravagantes y absurdas. Las costumbres de la devoción y una falsa idea de la dignidad personal llevaban la compostura de los movimientos y las actitudes á un extremo que comprometía la salud. Las damas, en el interior de la casa, conservaban la misma gravedad que en el templo; y los señores, con triples vueltas de corbata y como encajonados en sus pecheras de cambray, conservaban una rigidez que apenas los diferenciaba de su propio retrato. En la calle, el paso apresurado causaba extrañeza y á veces, de buena fe, se tenía por un signo de locura. Todo esto demostraba la ausencia de actividad social. No habiendo industrias, ni transacciones mercantiles, ni competencias, ni negocios, ni proyectos, ni siquiera ilusiones, la marcha presurosa era realmente un acto insensato.

XI. Entre los dogmas de la ciencia política figuraba en primera línea el peligro de ilustrar á los pueblos. Se sabe á qué punto llegaba en España el horror á la literatura científica. Aquí, donde eran desconocidas las nociones de la libertad y del derecho, se extremaba el esfuerzo para mantener intacta la virginidad de los espíritus; á tal grado, que muchas personas que se tenían por cultas mostraban infantil asombro cuando alguna mano oficiosa desgarraba el velo de los errores tradicionales para descubrir una realidad ya patente á los ojos del pueblo. Recordemos que el insigne patriota D. Ignacio Rayón especificaba ante el Congreso los riesgos de la independencia «absoluta.»

Por un excepcional favor de la suerte, los comerciantes ingleses y holandeses y aún los metedores españoles violaban fácilmente el «bloqueo continental» aplicado en la América al comercio del pensamiento. Aquí, bien sabían todos en qué idioma *dictaba* entonces sus *oráculos la Filosofía*, y abandonaban el latín, que nada tenía ya que enseñarles, para entregarse con ardor al estudio de la lengua francesa. Poco esfuerzo debían emplear en este aprendizaje los conocedores del habla castellana y personas acostumbradas desde niños á luchar con la expresión elíptica y las sutiles elegancias de

los antiguos. Hidalgo, el Doctor Cos, el Padre Mier sabían el francés. Zavala, á la edad de catorce años, lo hablaba. Quintana Roo nos cuenta cómo, recluído en un calabozo, se ejercitaba traduciendo la Gramática de Puerto Real. No es improbable que algunos libros como las Cartas Provinciales y el Pacto Social, hayan tenido en la Nueva España más lectores que el Reloj de los Príncipes y las Epístolas de San Jerónimo á Rústico y Desiderio. Los hombres de talento podían hojear, sin extremecerse, los libros que la censura eclesiástica había señalado con su estigma. Se atrevían á veces á ser filósofos. Llegaban á poner en duda la santidad conferida en un examen de colegio. No se extasiaban ya con las pompas litúrgicas, y abandonaban poco á poco las costumbres de su devoción automática; pero hubiera sido necesario deformar sus cerebros para alterar su profunda fe religiosa. Por otra parte, los autos de fe que el clero ofrecía al pueblo mexicano cuando lograba allegar los fondos necesarios y completar el suficiente número de reos para dar lucimiento á la imponente solemnidad, se encargaban de reanimar las conciencias lánguidas y advertían del peligro á los razonadores que hubieran podido contagiarse con el aura pestífera que nos enviaba el filosofismo de Europa. Sin embargo, existían ya los hombres que, desde Primo Verdad y Fernández de Lizardi, iban á desfilar en una serie de ínclitos trastornadores, desafiando los anatemas que aterrorizaban al vulgo de los creyentes.

XII. La ignorancia ritual y la vida cristiana en reclusión casi monástica, hacían que las mujeres, aun aquellas de una elevada inteligencia, conservaran hasta en la ancianidad un candor de niñas. Añádase á esto el carácter de raza. La abnegación y la dulzura de la mujer mexicana no tenían límites. Su calma, que era la del justo, la acompañaba, como su inocencia, hasta el último trance. Su vida en aquella época hubiera sido imposible, su fortaleza inexplicable, si allá en el fondo del hogar, cerrado á todas las satisfacciones terrenas, detrás de la imagen del dolor á cuyos pies vivía arrodillada, sus ensueños beatíficos no le mostraran, en un espacio inundado de claridad pura, la esperanza de la vida inmortal.

XIII. Al lado de la simplicidad santa de la mujer y de la rígida probidad de nuestros padres, una ley social dominante en los pueblos sometidos al yugo, había formado lentamente una raza de mexicanos malignos que tenía representantes en todas las clases. Ella daba empleados á la cárcel de corte y varones de ejemplar devoción á las mayordomías de los conventos; de ella salían los cobradores de peajes y alcabalas, los jueces venales, los arrendatarios del diezmo, los subdelegados ladrones; ella proveía de al-

guaciles á la justicia del Rey, daba cadetes al Ejército Español y delatores y verdugos al Santo Oficio.

XIV. Allá en los albores de la Conquista, la Iglesia, por un rasgo de la política astuta que antes había empleado con los bárbaros cristianizados, fingía participar de las preocupaciones del vulgo. Más tarde, los sacerdotes participaban realmente de los errores vulgares, y obraban con singular ignorancia. Fueron ellos, con sus plegarias, los que sembraron el pánico en las poblaciones de la Nueva España cuando apareció la aurora boreal de 1789. Ya existían las ciencias físicas, Humboldt nos había visitado, Feijoo en España, y Portilla y Fernández de Lizardi en México habían explicado al pueblo la formación de los meteoros, y aquí se hacían solemnes rogativas para disipar las nubes de granizo. Una larga procesión de disciplinantes llevando en lo alto la hostia descubierta y entonando lúgubres preces, mientras se oía en todas las torres el clamoreo de las campanas, salía á presentar batalla al *enemigo* que se creía en acecho cuando una tromba, con sonoros rugidos, se aproximaba á la ciudad, despidiendo centelleos de relámpago. En cambio, un eclipse total de sol no produjo sino disgusto en los dos mil espectadores que en el momento del fenómeno asistían á una función de toros. Muchos de los concurrentes, en espera de ver disiparse la importuna sombra, se entretenían sacando chispas con la piedra y los eslabones. Pocos fijaban la atención en el pavoroso aspecto que en estos casos presenta la naturaleza, cuando la lenta extinción de la luz semeja las últimas miradas de un sol moribundo.

Sobre este pueblo de hombres-niños y de bárbaros se erguían con todo su poder los descendientes de los antiguos dominadores del orbe cristiano.

XV. Los españoles nunca habían sido ejemplo de sincera fe religiosa. El nombre de «cristianos viejos» era un simple distintivo patriótico, una especie de título nobiliario de que se ufanaban los villanos para humillar á los recién convertidos que les eran superiores por el rango ó por la fortuna. El carácter sacerdotal no imponía sino al vulgo. Un capellán no era en las casas aristocráticas superior á los mayordomos ó á las dueñas, y los curas no eran vistos con más veneración que los maestros de escuela. Se sabe que en el pueblo español abundaban los renegados y, ante todo, los falsos creyentes. Sin duda, en las clases superiores la importancia de los intereses políticos, y en la masa del pueblo el terror á los azotes y á la hoguera, habían hecho de España una nación devota; pero llegada la ocasión, aquellos tétricos disciplinantes, con

el rosario al cinto, sabían lanzarse contra las ciudades cristianas y reproducir las escenas de rapiña, de sangre y de impiedad que en los sectarios del Profeta parecían espantables á los historiadores católicos.

XVI. En contraposición con la dulzura y la sensibilidad meridional aparecían, apenas atenuadas por el curso de las generaciones, la dureza y la ferocidad de los hombres de la Conquista, formados por selección en ocho siglos de combates con los infieles. La sumisión servil de los habitantes de la colonia tenía por contrapartida la altivez castellana. Era colosal el orgullo, no sólo en los grandes, sino en los siervos de los siervos de la Majestad cristianísima. La Constitución de 1812 había permitido algún desahogo, y ya los escritores mexicanos ensayaban el vuelo, cuando un día, el altivo Virrey que volvía la espalda alargando por detrás la mano para recibir la pluma que le presentaba el escribiente, amaneció de agrio humor y mandó desbaratar á palos las inocentes juntas electorales y suprimir de un golpe la tímida y enfermiza libertad de imprenta, que comenzaba á importunarle. Carlos V y Felipe II habían humillado al Supremo Pontífice: en ciertos casos, el orgullo español podía encararse con el cielo. Reciente la invasión de las fronteras de España por el Ejército Revolucionario, un selecto orador (D. Juan de Sarria y Alderete), que predicaba ante el Virrey Branciforte, se dirigía á Dios en estos términos: *España, vuestra querida España, el objeto hasta aquí de vuestras delicias, amenazada, asaltada por los enemigos de vuestro nombre! No parece sino que ya no hacéis caso de vuestros oprobios; no parece sino que habéis olvidado vuestro testamento y que Vos mismo entráis á la parte en la demolición de vuestros tabernáculos. Aunque podía reconveniros con que asegurásteis á Abraham no destruir las ciudades de Pentápolis si moraban en ellas sólo diez justos; aunque pudiera reconveniros con tantos inocentes que, sin ser cómplices del delito, son partícipes de la pena, no, no lo hago. Quiero suponer que todos son delincuentes, y sólo os presento, añadía, refiriéndose á la ayuda que Felipe II había prestado para exterminar á los hugonotes, sólo os presento esa sangre española, á la que verdaderamente debéis. . . . que por dos siglos más haya la Francia mantenido y respetado vuestro culto.* Aquel Dios de ojos bajos, reconvenido ante la aristocracia y el Virrey, ya preparaba para España una serie de formidables desastres y, entre ellos, la insurrección de la América Española.

SEGUNDA PARTE.

I. Aquí, en la Nueva España, el primer destello brotó del pueblo de Dolores. Alegre como las fiestas de Navidad y adornada con las más brillantes galas de la poesía, la noche del *15 de septiembre* ha llegado, año por año, electrizando á tres generaciones con sus recuerdos. Los hechos capitales del primer período de la lucha viven estereotipados en el alma del pueblo.

¿Quién los ignora? Sin duda el reloj de la parroquia marcaba *las once*, cuando resonaron las aldabadas con que el correo de D.^a Josefa Ortiz llamaba presurosamente á la puerta de Hidalgo. No había tiempo que perder. Detrás del correo, y envuelto en espeso remolino de polvo, galopaba el grupo siniestro que venía en busca de los conspiradores ya delatados. Hidalgo despierta á sus amigos. Nadie piensa en la fuga, inútil recurso de los cobardes. Todos están resueltos á caer combatiendo. Se hace el inventario de los hombres y de las armas que hay disponibles, y se espera en silencio que transcurran las últimas horas de la noche.

Al dibujarse la alborada del 16, suena la campana que convoca á los fieles. Hidalgo declama contra los abusos del «mal gobierno;» hace resaltar, acaso, la ilegalidad del poder, la cautividad del Monarca, la España—como la altiva Babilonia—entrada á saco y hollada por las legiones vengadoras suscitadas por la cólera del Señor; y en medio de la multitud pasmada de asombro hace resonar, como en los salmos de David, un grito de guerra.

Todos se aprestan á seguirlo, y sale del pueblo acaudillando á un grupo de rancheros y de labradores, apoyado por un piquete de milicianos provinciales. A su paso por las pequeñas poblaciones y las haciendas, los indios, armados con sus instrumentos de labranza, ponen en fuga á los señores, saquean las trojes, se apoderan de los caballos y se adhieren á la masa insurrecta. Las mujeres y los niños los siguen; y aquel turbión, conforme avanza, crece y se condensa, dejando oír vasto rumor que semeja las palpitations profundas del trueno.

II. Pronto están á la vista de *Guanajuato*. El pueblo alborozado y los ricos acometidos de pavor ven desde las alturas cómo asciende sobre la áurea ciudad una ola de cincuenta mil hombres,

que hacen brillar á la luz del sol las hoces y los machetes desnudos. La resistencia era ilusoria. El único punto, la Alhóndiga, donde un reducido número de españoles se hacen fuertes, dando un ejemplo de fiereza romana, cuesta cientos de víctimas; pero al fin la tea y el acero se abren paso y los defensores de la fortaleza son pasados á cuchillo. Tenfase por feliz aquel que, después de tres siglos de sumisión y de odio silencioso, podía devolver el primer golpe á los legatarios de la Conquista. Nuevos grupos de gente armada, municiones de guerra y los cofres rebozantes de plata, hallados en los sótanos del Castillo, proveen á Hidalgo de abundantes recursos. En seguida, el héroe insurgente dirige la marcha hacia *Valladolid*, que se entrega sin resistencia; y luego que ha ordenado sus fuerzas, vuelve á ponerse en movimiento y avanza audazmente sobre México, amenazando con la tea de Granaditas el temido santuario de los virreyes.

III. En su tránsito, arrastra todavía á numerosas partidas de gente, que abandonan los pueblos, dejándolos casi desiertos. Los militares como Allende y Abasolo, á la cabeza de las pequeñas fuerzas regulares, van á la descubierta. No hay necesidad de vigilar los flancos ni la retaguardia. Sobran auxiliares oficiosos que desempeñan el servicio de exploración. Los proveedores de aquel inmenso Ejército, los aposentadores, el cuerpo médico ambulante, son las mujeres. Después de algunos días de marcha, Hidalgo, que llega por Toluca, se detiene al pie de las montañas que, con el nombre de *Las Cruces*, guardan para nosotros indelebles recuerdos. A pocos pasos, Trujillo, el jefe español, fuerte con tres mil hombres de tropa veterana, en una posición bien elegida y con el apoyo de los *fieles patriotas* que han armado á sus criados y á sus gañanes, espera el choque, fiado en su ostensible superioridad sobre la turba que ya avanza á paso de carga. Hidalgo, desde lo alto de una roca, absuelve á los que van á morir, y los lanza al asalto. Todas las balas de Trujillo hacen blanco en la compacta multitud. El estrago de la artillería es formidable; pero el número, que permite renovar y, por consiguiente, hacer continuo el ímpetu del esfuerzo, quebranta la resistencia del Ejército Español, y Trujillo retrocede, luego se desordena. Nuevos combatientes descienden de las montañas, asaltan los flancos y obstruyen la línea de retirada. El Ejército Colonial cae entero bajo el machete; y sólo por uno de los prodigios que obra á veces el pánico, logra escapar Trujillo con algunos de los *fieles patriotas*, entre los cuales aparece por primera vez el nombre de *Iturbide*.

A la noticia del desastre, México tiembla. El Gobierno intenta

la defensa de la Capital con desatinadas disposiciones militares. Una larga procesión de familias sale por el camino de la villa de Guadalupe á refugiarse en el santuario; y los que quedan, ven ya las nubes de polvo que se levantan sobre las colinas del Valle, y en el silencio de la noche creen oír distintamente el alarido de los *bárbaros*.

IV. ¿Por qué á raz de aquella memorable jornada, Hidalgo, aprovechando el terror y el aturdimiento del enemigo, no lanzó sobre la ciudad sus huestes triunfantes? La Historia no ha logrado descifrar el misterio. Se ignora si los insurgentes, contristados con el espectáculo de la atroz matanza, ó creyendo hallar en cada iglesia y en cada palacio la misma resistencia que en el Castillo de Granaditas, comenzaron á abandonar á Hidalgo. ¿Puede probarse que las exhortaciones de los mexicanos patriotas lo conjuraban á libertar la Capital, suponiendo que los indios, que ya habían saboreado la sangre, se abandonarían á ciegas venganzas? ¿Hidalgo se detendría en espera de un movimiento en el interior de la ciudad, fiándose en las promesas de ese eterno grupo de conspiradores entusiastas que, llegada la ocasión de obrar, se anonadan, ó alegan que han sido engañados? Una carta de dudosa autenticidad, que aparece suscrita con el nombre de Hidalgo, explica el hecho por la escasez de municiones. Cuando se nos hace saber lo que cuesta á los generales dominar la insubordinación que se declara á veces en un Ejército victorioso, podemos suponer que el Cura de Dolores tuvo que emplear algunos días para poner en orden el caos de aquellas multitudes extrañas á la idea de la disciplina, entregadas al cuidado de sus heridos, escasas de víveres, sin conciencia de su situación, expuestas á graves é inesperados peligros. Sea lo que fuere, transcurría el tiempo; las fuerzas coloniales distribuidas en las Provincias del interior, habían efectuado su reunión, y Calleja, con diez mil hombres, se aproximaba á la Capital en rápidas jornadas.

V. Hidalgo levantó el campo. Pero un Ejército como el suyo, desde el instante en que se detiene, está perdido. La carga desordenada, pero impetuosa, que le asegura el triunfo, no necesita sino un jefe que empuñe el estandarte y se lance sobre las baterías: la retirada, la actitud defensiva, requieren las más arduas operaciones de la táctica. Calleja da alcance y sorprende en las llanuras de *Aculco* al Ejército Insurgente, que camina sin orden; lo bate y lo destroza. No hay prisioneros. Hombres armados, arrieros, conductores del bagaje, mujeres, niños, bestias de carga, sucumben al golpe de una espada implacable. Se cuenta que el Cura de Dolo-

res mandó regar por el camino parte del tesoro que había traído de Guanajuato, y que las tropas de Calleja, arrojándose sobre aquella estela de pesos, dieron tiempo para libertar del desastre al resto de la fuerza insurgente.

VI. Pero ya Hidalgo se aproximaba al término de su carrera. Detrás de él, los pueblos que habían saludado su tránsito, y la ciudad de Guanajuato, donde Allende había hecho un temerario ensayo de resistencia, volvían al dominio de las autoridades españolas y eran el teatro de horrendas venganzas. El pueblo es acuchillado en las calles. Se penetra en las casas con los sables desnudos, y los mexicanos sospechosos mueren delante de sus hijos ó se les arrastra á las horcas que se improvisan en las encrucijadas. Estas matanzas reanimaron los espíritus abatidos momentáneamente por las derrotas.

VII. Hidalgo, Abasolo, Allende, Aldama y los caudillos que en las Provincias de Occidente habían adquirido rápida celebridad con sus atrevidas empresas, se dirigen á la ciudad de Guadalajara. Allí se concentran y logran organizar un cuerpo de *cuarenta mil hombres*, de los cuales, *una décima parte*, y esto debe considerarse como un prodigio, *estaban provistos de armas de fuego*. De las nueve décimas restantes, unas llevaban picas y espadas; otras, en mayor número, hondas y flechas. Estos hoplitas mexicanos que iban á afrontar las armas detonantes, armados ellos como lo estaban para defenderse de Cortés los guerreros de Otumba, contaban ahora con la protección de noventa cañones. . . . noventa, decimos, si es forzoso incluir en este número los cañones improvisados con tubos de hierro que se vaciaban como un cohete, cediendo por el fondo á los primeros disparos. Debemos añadir que la artillería estaba encomendada á la dudosa habilidad de los mineros que Allende había traído de Guanajuato. ¡Qué recursos! ¡Qué miserables armas! ¡Qué inmensa grandeza! Llega noticia de que el enemigo que sigue de cerca á los fugitivos de Aculco, se halla á un día de marcha. Todo está listo para recibirlo. Los insurgentes que acampan fuera de la ciudad, se aproximan al río, y tomando por centro el *Puente de Calderón*, se extienden en formación de batalla. Pronto se deja oír el eco de lejanas detonaciones. Calleja está á la vista.

Todavía en el año de 1845 numerosos testigos podían referir á nuestros padres los pormenores de aquel encuentro, admirando la sublime constancia con que el pueblo mexicano sostuvo la lucha. Era conocida la atroz sentencia que pesaba sobre los rebeldes. Por otra parte, si el ejército de Calleja era arrollado, no quedarían

sino débiles partidas, incapaces de contrastar el ímpetu de aquellos miles de hombres sedientos de sangre española. Al día siguiente, el Virrey, la Audiencia, los Generales saldrían á escape abandonando la colonia á la suerte de los vencidos. Calleja, hábil soldado, superior á sus adversarios en elementos tácticos, dispuesto á sacrificar una fuerza que ciertamente no era toda de españoles, logra con su tenacidad fatigar el aliento de los patriotas, y queda victorioso. El Ejército Popular se dispersa en grupos de fugitivos errantes. Unos vuelven á las haciendas, donde el amo, que hace el inventario de los destrozos, recibe al peón con agrio gesto, adivinando la significación de su ausencia; otros, que no ignoran lo que deben esperar de la misericordia de sus señores, prefieren la existencia salvaje y se remontan á las sierras. Hidalgo, entre tanto, emprende la última jornada, en cuyo término le esperan la traición y la muerte.

VIII. La historia cortesana; el odio apoyándose en el testimonio de los emigrados españoles; la ligereza y la ignorancia sirviéndose de los ejercicios literarios de un retórico absolutista, ¹ idólatra de Cortés y manchado con la sangre de uno de los más ilustres batalladores: he aquí los jueces que por espacio de medio siglo se han encargado de fallar sobre los hechos y el carácter de Hidalgo. Por otra parte, algunos mexicanos ilustres, historiadores y estadistas de preclaro talento, acaso con el temor de pasar por bárbaros en Europa, donde cedían á la influencia del lugar y del tiempo, muestran esa imparcialidad que consiste en cercenar el peso para equilibrar los platillos de la balanza. Desearían que Hidalgo, jefe de una verdadera cruzada, hubiera comenzado por templar el ardor y refrenar el ímpetu de las turbas. Nada más evidente que las posibilidades de ese género vistas en perspectiva. Pero la Historia desprecia estos delirios y demuestra que el Cura de Dolores, dadas las condiciones en que obraba, ha procedido como lo hubiera hecho el mejor de los Generales. El plan militar y político de los insurgentes era el más sabio en las circunstancias en que estalló la insurrección: trastornar el orden, obstruir la circulación mercantil, dejar desiertos los minerales, saquear las haciendas, incendiar las atarazanas, crear la industria de la guerra, herir en el corazón á la codicia, reducir por hambre á un enemigo formidable que se refa del biello y de los guijarros: al fin la paz sería funesta para el vencido. Se ha dicho que el pueblo sólo sirve para destruir. Debe añadirse que el pueblo acaudillado por Hidalgo obraba obedeciendo

¹ D. Lucas Alamán.

á la ley económica de la división del trabajo. La fuerza destructiva es tan necesaria en las grandes obras de la política como en las obras materiales. El ingeniero comienza por despedazar muros de rocas: los pueblos, antes de edificar, necesitan la ruina de una institución ó el exterminio de una clase. Pero Hidalgo no se limitaba á las operaciones militares. Llegando á una ciudad desde la cual podía extender su autoridad á toda la Provincia, establecía un Gobierno, derogaba leyes inicuas, aligeraba ó suprimía el tributo de los humildes, humillaba al clero aristocrático, establecía los fundamentos de una fábrica, se apoderaba de la imprenta para ensayar el periódico y la proclama, declaraba libre al esclavo.

IX. Los mismos que declaran con fingido candor que los negros son vengativos y los indios egoístas y sanguinarios, afectan creer que los iniciadores del sistema de exterminio han sido los rebeldes. Ay! el castigo del esclavo rebelde era horrendo. El orgullo del amo que no soportaba una mirada, creía leves todos los suplicios para vengar el peor de los agravios: la monstruosa osadía de erguirse y amenazar con los encadenados puños. Calleja tocando *á deguello* en las calles de Guanajuato, Cruz y Flon arcabuceando á las mujeres, Hevia incendiando las cabañas sin dejar salir á sus habitantes, los soldados de Concha rompiendo los dientes á los indios con el mango de las bayonetas, nos ilustran sobre el método de represión empleado con los insurgentes.

X. *El Grito de Dolores*, aquella conjuración que estallaba en la plaza de un pueblo con siete serenos y un puñado de labradores armados de hondas y de palos, engaña la vista ocultando el origen y la extensión del movimiento. La red tejida silenciosamente por Hidalgo se extendía ya sobre una parte inmensa del territorio. En Valladolid y en Guanajuato tenía numerosos amigos que sin duda estaban en el secreto. Había logrado seducir á varios jefes del Ejército Colonial. En Querétaro, la esposa del Corregidor es su cómplice. Las órdenes terminantes que da á Morelos revelan que mantenía inteligencias en las poblaciones del Sur. Los movimientos que siguen de cerca al Grito de Dolores en las Provincias de Occidente y la atrevida marcha que Hidalgo emprende sobre México, donde abundan los partidarios de su causa, sólo se explican suponiendo una vasta correspondencia, un prodigioso juego de emisarios, una hábil trama, la unidad de acción organizada por un hombre de genio.

XI. La grande obra iniciada en el año de 1810 no era obra de un solo hombre. Hidalgo cumplía con su misión poniendo en libertad la fuerza latente acumulada por el odio de tres siglos. Él sus-

citó la aparición de grandes hombres, hizo un héroe de cada uno de sus admiradores, puso de manifiesto la impotencia de España para contrastar una acción generalizada y uniforme, y, al morir, dejó por todas partes focos humeantes que pronto reanimarían el incendio. Nada falta á su gloria.

XII. Se cree que Hidalgo fué estrangulado en el interior de su calabozo. Antes de morir, acaso amenazado por el tormento, puso su firma al pie de una retractación ignominiosa, vaciada en el siniestro formulario del Santo Oficio. Pero aquellas líneas destinadas á engañar á la posteridad, lejos de arrojar sobre el esplendor inmortal del héroe de Dolores un girón de sombra, sólo han servido para transmitirnos, cubierto de baldón, el nombre de los verdugos.

TERCERA PARTE.

I. El golpe descargado en la cabeza de un caudillo era en aquella época, para vencedores y vencidos, un golpe mortal que aniquilaba el movimiento revolucionario. La lanza de Calleja, después de dominar el *tumulto*, podía ya descansar, con la tizona de Cortés, sobre un lecho de laureles. Sólo quedaba la tarea vulgar de perseguir por las montañas á los vencidos y asegurar en las ciudades la inmovilidad de las personas sospechosas. El procedimiento quedaba al arbitrio de las autoridades militares; el principio teórico lo había formulado Bataller en estos términos: *todo mexicano es insurgente*. Estas palabras, por fortuna, se acercaban á la verdad. Los actos de rigor bárbaro agravaban el odio; y en toda la extensión del país volvía á despertarse el entusiasmo patriótico. Las mujeres ¡qué fuerza! lo animaban con sus lágrimas y en muchos casos con su ejemplo.

Conforme á las prácticas de la justicia señorial, las cabezas de los héroes sacrificados en Chihuahua fueron encerradas en jaulas de hierro y suspendidas de una escarpia en los botareles del Castillo de Granaditas. Error no extraño en la ciega política del Gobierno Español. Aquellas jaulas colocadas en un sitio elevado, bien visibles, para infundir terror y predicar escarmiento, hacían en el pueblo más hondo efecto y ganaban más partidarios á la causa de la libertad que las proclamas de Rayón y las exhortaciones de Morelos. Aquellas cabezas, surgiendo de la bruma que la muerte

extendía sobre los campos de batalla, parecían estar siempre despiertas. Ennegrecidas por el sol, empapadas por las lluvias, con el rostro aplicado á las rejas é iluminado por los vagos centelleos de la noche, parecían animarse con el gesto tribunicio y dirigir al cielo sus órbitas vacías clamando venganza.

II. Combatiendo en el centro del territorio, cerca de las ciudades populosas infectas del espíritu colonial, los insurgentes, fácilmente vencidos, no tenían más refugio que los desiertos del Norte ó la Sierra, donde no era posible subsistir sino en cortas partidas. Para formalizar la lucha eran indispensables dos elementos: un hombre de genio y un lugar apartado, de difícil acceso y provisto de suficientes recursos para establecer una base de operaciones. La aldea de Carácuaro dió el hombre; la Provincia del Sur, el sitio buscado.

El *Sur*, como hoy se le llama, ofrecía todas las condiciones de una posición estratégica. Allí, la población, donde abundaban los descendientes de los esclavos africanos, sujeta al dominio de los propietarios de las tierras, era naturalmente hostil á los españoles. No lo eran menos el clima y la configuración de aquella comarca. Un terreno generalmente montañoso, surcado por enorme oleaje de lavas que en tiempo inmemorial bajaron hasta el mar desde los cráteres del Popocatepetl y del Ajusco; estrechos desfiladeros; profundos barrancos; la falta de caminos; la escasez de aguas potables; las sequías prolongadas; un sol abrumador, y, luego, los aguaceros diluviales que convertían en ríos las cañadas; á todo esto, las *calenturas* funestas á la raza europea y á los habitantes de la altiplanicie; por último, los reptiles, las hierbas, los insectos ponzoñosos, que hacían inseguros los lugares donde una espléndida vegetación ofrecía mullido lecho y sombra al caminante, cerraban el paso al enemigo, entorpecían ó hacían difíciles sus maniobras y diezaban su Ejército. Eran fáciles y seguras las incursiones en las riquísimas Provincias limítrofes y se tenía á la espalda el más hermoso de los puertos del Pacífico, centro estratégico y mercantil que aseguraba la existencia y protegía las empresas de un Gobierno Insurgente.

III. Una noche, los españoles despertaron sobresaltados. Las gentes de Paris habían sido repentinamente acometidas en las tinieblas por una espada desconocida, extrañamente vigorosa y terrible. Morelos acababa de aparecer y con él se iniciaba el segundo período, el más decisivo, el más brillante de la época revolucionaria. Morelos, acompañado solamente de dos criados, abandona su pueblo y se dirige al Sur, que será el teatro de sus victorias. La

noche lo sorprende en los desfiladeros de Coahuayutla. Su caballo, extraviado en las sombras, se inclina olfateando aquellas veredas escondidas en los matorrales y se detiene de cuando en cuando para interrogar con su asombro, dudando si el hombre que lo guía entre los despeñaderos ha olvidado el camino del pueblo y de la parroquia. No! ya no lleva en sus escuálidos lomos al humilde Cura que abandona la brida para repasar las cuentas de su rosario; no verá ya descender tras de las tapias del curato los pálidos astros de la alborada; el aura no le traerá más el perfume de los rosales ni el eco de las campanas de la aldea. Ahora lleva á *Morelos*. Muy pronto una pesada nube sulfúrea envolverá su cabeza, un viento de fuego hará volar sus crines; oirá el silbido aterrador que cruza el espacio, y mirará, encabritándose de horror, cómo se tuercen á sus pies cuerpos desnudos y ensangrentados.

IV. La marcha de Morelos es prodigiosa. Galeana se le reúne con setecientos hombres armados de machetes, de hondas y de palos; y con este Ejército, preparada la más solerte de las sorpresas, alcanza el primer triunfo en *Tonaltepec*, donde hace ochocientos prisioneros y se apodera del parque, de cuatro cañones y de setecientos fusiles. Sitiado en la *Sabana*, rompe el sitio con una carga vigorosa. Galeana, sitiado á su vez en la ciudad de *Tixtla*, se ve próximo á sucumbir con lo más escogido de los patriotas, cuando el cañón que suena por el lado de Quahutlapa le anuncia que Morelos le trae el auxilio y la victoria. Mucitu, desde *Chautla*, parapetado en el convento de los agustinos, donde se juzga inexpugnable, desafía y aún insulta á los insurgentes. Morelos asalta el convento, lo toma y deja allí clavada la cabeza de Mucitu y de otros españoles no menos confiados y arrogantes. En *Izúcar*, se hallaba predicando, cuando un mensajero que se abre paso entre la piadosa multitud, le avisa que Soto Macedo, con una fuerza considerable, ha salido de Puebla y que ya se acerca á sorprenderlo. Resuenan gritos de terror en el templo, cunde la alarma y se ruega á Morelos busque su salvación evitando el combate para ahorrar las ciegas matanzas que seguirían al asalto. Morelos baja del púlpito y dicta fríamente las disposiciones de la defensa. Soto Macedo intenta un empuje; pero se encuentra descubierto ante los fuegos que de las ventanas y azoteas se cruzan sobre su columna de ataque, y emprende un movimiento de retirada. La fuerza insurgente sale á perseguirlo. Cunde la voz de que el caudillo de esta fuerza es el mismo Morelos; y Macedo, á quien abandonan sus soldados, queda en el sitio, atravesado por una lanza. Guiado solamente por el deseo de dar una lección y abatir á un

valiente ya temido por su habilidad y por su fortuna, sorprende á *Porlier* en una llanura de *Tenancingo*, y aniquila sus fuerzas. Después llega á *Cuautla*, donde es sitiado por Calleja. Allí se sostiene hasta agotar el último grano de pólvora. Luego rompe el sitio, como lo tiene de costumbre, y va á tomar *Huajuapán*. Derrota á un Ejército en el *Palmar* y dispersa otro en *Chapa de Mota*. Se apodera de *Orizaba*; entra en *Oaxaca*, y establece allí la libertad y un Gobierno. Luego, caminando con su artillería y sus bagajes por serranías inaccesibles, perdido en nebulosas cumbres, teniendo que abrirse paso con el machete en los intrincados bejucos, baja á la costa; llega á la vista de *Acapulco*, sitia y toma el vetusto castillo que señorea con sus cañones la ciudad y guarda la entrada del puerto. En seguida, sube á *Chilpancingo*, donde instala el primer Congreso Constituyente.

V. Al mismo tiempo, brotan por diversos puntos del territorio nuevos combatientes, algunos como Guerrero, en la Mixteca, y los Rayones, en Zitácuaro, que reflejan el genio, la inflexible constancia y la bravura del héroe suriano. Vista en detalle la historia de la insurrección, especialmente en esta segunda época, ofrece tal número de hechos y de caracteres extraordinarios, que á no ser tan unánimes los testimonios y tan reciente la tradición, se tomarían por simples creaciones de la imaginación meridional. Un historiador mexicano, aun desprovisto de las preocupaciones del patriotismo, se esforzaría inútilmente para dominar su entusiasmo, entusiasmo en que se mezcla una elación parecida al orgullo, cuando recorre aquellos anales dignos de ocupar la atención del filósofo y que darían noble asunto, sosteniendo interés y perdurable brillo, á las leyendas y los romances.

VI. Un error de cálculo, ó bien, como lo quieren los testigos y actores de los acontecimientos, una incalificable obstinación, hace á Morelos empeñarse en el asalto de *Valladolid*, donde su Ejército, su fortuna y su reputación de héroe invencible fueron impíamente destrozados.

VII. Con cinco años de victorias y el genio y la inmensa popularidad del caudillo, bastaba refrenar un poco el valor impaciente para hacer del Sur un centro de actividad inexpugnable. Los hombres distinguidos que acompañaban á Morelos deseaban que éste comenzase por asegurar sus conquistas. Una vez construídas en los lugares accesibles algunas obras de defensa; formados varios cuerpos regulares con los numerosos combatientes ya veteranos; posible y puede decirse que segura la oferta de armas y de municiones por los contrabandistas y corsarios que tocaban todos los

puertos del Pacífico; disponiendo de Generales como Matamoros y de guerrilleros como los Galeanas; activando la correspondencia con los insurgentes que operaban en el interior; con la acción de la prensa y la lenta, pero segura, seducción de los mexicanos que formaban en su mayor parte las tropas realistas, pronto la revolución hubiera tomado un aspecto imponente. Doce ó catorce mil hombres hubieran hecho desde entonces lo que algunos años más tarde realizaba Iturbide con un puñado de fuerzas provinciales sin valor y sin entusiasmo. Pero el señor Morelos, fiado sin duda en su costumbre de vencer, viola conscientemente las leyes de la lógica y de la guerra, abandona el terreno que le es propicio y se empeña en una aventura que lo lleva al desastre.

VIII. Después de la rota de *Pernavan*, muertos sobre el campo del honor, ó como el ínclito Matamoros, sacrificados á sangre fría los principales capitanes, Morelos huye, y por senderos extraviados llega al puerto de Acapulco. Luego que reúne alguna gente, sale á reunirse con el Congreso y emprende la memorable peregrinación que debía conducirle al funesto campo de Tescmalaca. Los padres de la patria caminan en mulas, llevando de provisión para el camino un saco de *pinoli*. Jinetes del corte de Quintana Roo y del Licenciado Bustamante se ven obligados á desfilarse por la cresta de un muro de rocas ó descienden por las pendientes, donde los tristes animales que les sirven de cabalgaduras, se sientan para resbalar sobre las lajas, ó se niegan á dar un paso, suspirando de horror al fijar la vista sobre el abismo. A veces se intrincan en breñales erizados de espinas; ó abrumados por un sol de fuego, atraviesan las ciénagas, donde se ven acometidos por los moscos que brotan del fango en feroces y tupidos enjambres; y cuando al fin llegan á un punto donde es posible descansar, sentados á la sombra de un mangle, después de una comida que seguramente no envidiarían el héroe de la Mancha ni su hambriento escudero, discuten con serenidad filosófica los principios que en la Constitución de Apatzingan van á sustentar los derechos del pueblo.

IX. Calleja, á quien inquieta este Congreso, á donde ya convergen las simpatías y las actividades de la Nación, se propone destruirlo; y antes de que Morelos, apenas convalesciente de su derrota, alcance á recobrar su formidable energía, desata sobre él una persecución sin tregua, amagando con la destrucción á los pueblos que dieran asilo á los rebeldes, y sirviéndose de gentes avezadas al clima y auxiliadas por los hacendados españoles. Morelos rehuye el combate. En ciertos casos se arroja sobre el enemigo ó se defiende con su acostumbrada pericia; pero su esfuerzo termina

siempre por una retirada que lo lleva á las regiones desiertas, á donde llega con sus tropas diezmadas y ya sin aliento. Por último, sorprendido y acorralado por fuerzas superiores, cae prisionero en el combate de *Tesmalaca*, y arrastrado á la Capital, sufre en el tránsito la insultante alegría de los realistas vencedores.

X. Morelos aparecía culpable de un doble crimen de lesa majestad. Como insurgente era rebelde á Dios; y en toda ofensa hecha á Dios, que era un protegido del Rey, se hallaba necesariamente implicada la Sacra Majestad del Monarca Español. La salvación era imposible. El reo, además, se hallaba en las manos de Calleja (*del caribe de Calleja*, como él lo llamaba); y fueron vanas las representaciones de algunos personajes que hubieran deseado conservar viviente al héroe de Cuautla, el más brillante de los trofeos. Antes de marchar á la muerte, Morelos debía ser degradado. Cubierto con el traje risible y espantoso de los ajusticiados por el Tribunal de la Fe, sufrió en silencio ser llamado apóstata, lascivo, hipócrita, sanguinario, traidor: cargos precursores de la horrible sentencia. Después fué azotado. En el momento en que uno de los siniestros ejecutores le rafa las manos, fórmula con que el ceremonial de la deshonra anulaba el poder de la consagración, Morelos inclinó la frente, sus ojos se humedecieron y su pecho reventó en un sollozo. La Historia lo absuelve de aquellas lágrimas. El no sabía, como nosotros, que los juglares de su tiempo no podían raer la santidad ni disipar el aura luminosa de aquel brazo que había mostrado al pueblo el camino de la libertad y de la victoria.

XI. Pero ¿todo concluye en el cadalso de Ecatepec? Aquella ola de sangre que se cuaja sobre la tierra, ahoga el aliento de la insurrección y aprisiona en el frío de la muerte la esperanza de la República? Felizmente ninguna fuerza se anonada. Los grandes hombres, al morir, no arrastran á su tumba sus obras, que son inmortales. Morelos, haciendo desaparecer la distinción de razas, inminente en el primer período de la guerra, dió unidad al esfuerzo. Convocando un Congreso, promulgando una Constitución, fijando en una fórmula solemne el principio de Independencia, trazó una línea eterna de separación entre el osado patriotismo del pueblo y la política mezquina que, desde el Plan de Iguala, iría á implorar un amo para la Nación en las Cortes de Europa. Morelos es el verdadero artífice de la nacionalidad mexicana.

CUARTA PARTE.

I. La muerte de Morelos fué seguida de honda y universal consternación. Desastres parciales, que en diversos puntos del territorio habían coincidido con su derrota, se combinaban para producir un sentimiento de pavor y de desamparo. Zitácuaro había sido destruída. Se fusilaba en todas partes. Los Generales españoles y, á su ejemplo, los mexicanos que comandaban fuerzas realistas, despoblaban con el acero y reducían á cenizas los pueblos que habían ocupado los insurgentes. Jefes de la importancia de Bravo y de Rayón caían prisioneros; y otros, abandonados de sus tropas, rendidos á la fatiga y á la miseria, se acogían al indulto ó se ocultaban en los desiertos. Luego, las noticias que llegaban de Europa: la reacción del absolutismo destruyendo la obra, los hombres y hasta los recuerdos de la soberanía popular; Fernando VII entregándose á insensatas venganzas y preparando, fuerte con el auxilio de los soberanos aliados, una formidable expedición contra la América insurrecta, acababan por agotar la menguada esperanza.

II. En medio de esta desesperada situación, surge en las montañas del Sur un hombre que, no aviniéndose á vivir bajo el régimen á que iba á someterlo la dureza española, reúne un corto número de patriotas, remanente de las matanzas de Pernaran; y armada su tropa como los labriegos del Cura de Dolores, se encara audazmente con el Ejército Realista. No se le oculta su destino. En medio de la sumisión universal, en la extensión de su aislamiento parecido al de un náufrago, sabe que nada tiene que esperar, sino las derrotas ó el suplicio; y acepta la partida.

III. Este hombre singular es el famoso *D. Vicente Guerrero*, el héroe excelso en cuyos brazos vino á reclinarse la libertad moribunda. Juguete del destino, un día el amor del pueblo debía llevarlo á la Presidencia de la República; el rencor español, precipitarlo de su asiento para devolverlo á la vida errante, y el odio de la facción colonial, tenderle una celada, la más innoble de las traiciones, para arrastrarlo cargado de cadenas al cadalso de Cuilapa.

IV. Guerrero, cuando recogió la espada de Morelos, tenía treinta años. Su persona, que ha dado nombre á una época difícil

y gloriosa de la historia de la insurrección, es tan interesante como sus hechos. Su padre, dueño y cultivador de una pequeña heredad en las inmediaciones de Tixtla, venía de la raza de los esclavos. Pudiera creerse que había recibido con la vida la herencia de rencor, el odio instintivo que arma el brazo de aquellos desventurados cuando hallan ocasión de vengarse. Pero en el pecho de Guerrero todo era generoso y la clemencia no era la menos fragante de sus virtudes. Muchas veces, culpable de *debilidad*, tuvo que sufrir severas advertencias de los hombres políticos y de los hechos mismos que le fueron funestos. Su clarísima inteligencia, su valor temerario, diez años de combates, dejaban intacta en su alma pura la amable sencillez con que, en el colmo de su elevación, solía volverse, suspirando, á los recuerdos de su tierra natal, cuando era más feliz con su huerto y con su cabaña. Ignacio Altamirano, el poeta de las florestas, el émulo de los armoniosos pastores que Virgilio coronó con las rosas de Mantua, no hubiera sido más elocuente que Guerrero, cuando este hombre sencillo y casi rústico traía á la memoria la vida del campo, el balanceo de las palmeras, los cantos errantes y el lejano estrépito del mar, arrullando á la naturaleza adormecida bajo la esplendorosa florecencia del cielo en las noches meridionales.

V. Su aspecto, para el vulgo, en contraposición con su renombre, parecía demasiado humilde y hasta bárbaro. Los emisarios de Iturbide no acertaban á distinguirlo entre los soldados. Era su traje un calzón y una almilla de cuero, con las rozaduras de las lavas, desgarrado por las espinas, cubierto de remiendos y mil veces empapado por los aguaceros y achicharrado por el sol de la costa. Su cuerpo no estaba menos lacerado por las balas y los machetes. Casi siempre se le veía con un pañuelo en la cabeza, con una mano en cabestrillo ó con un pie vendado fuera de la bota. Las indias lo curaban con hierbas ó con oraciones.

Obscuro combatiente desde el año de 1811, en que puso al servicio de la Independencia su vigorosa juventud, había endurecido su cuerpo y educado su valor y su astucia en la guerra de emboscadas y de sorpresas que los hombres sin armas oponían á la disciplina y al empuje de las fuerzas realistas. Hidalgo, á la cabeza de doscientos cincuenta mil hombres, entrando en las ciudades que los españoles le abandonaban sin resistencia; Morelos ganando batallas, rompiendo sitios, tomando prisioneros los batallones, eran el brazo victorioso de la Nación armada con toda su pujanza: Guerrero capitanea á los vencidos. En el fondo de su situación miserable, la patria es para él, provisionalmente, el sitio donde viva-

quean sus guerrillas. Tiene que ganar migaja por migaja el territorio que le disputa un Ejército.

Acaso lucirá el día en que un acontecimiento inesperado, la súbita aparición de un D. Xavier Mina, un Lorencillo que entre á saco los puertos de Nueva España, un corsario que sorprenda y reduzca á pavesa las escuadras del Rey, una reacción imperial ó republicana que trastorne en Europa la estabilidad ó comprometa en América los intereses de la Monarquía Española, puedan venir providencialmente en su auxilio. Entre tanto, pelea sin descansar. Cae herido y se levanta; es puesto en derrota y torna con nuevos bríos al combate; el desaliento postra á veces á su pequeño Ejército, y él lo reanima con un golpe de audacia que le conquista la victoria. Lentamente va creciendo su fama, que ya es inquietante. No pudiendo someterlo con los recursos militares, ni fascinarlo con el brillo de las promesas, ni asestarle un golpe homicida, el Gobierno Español le busca y cree hallar el punto vulnerable, dirigiéndose á los sentimientos filiales. Guerrero ve á sus pies á su anciano padre, secreto emisario del Virrey, que viene á pedirle de rodillas abandone una empresa sin esperanza, evite el trágico fin reservado á los enemigos de S. M. y acepte el perdón y las ofertas generosas que harán la dicha de su existencia. Guerrero, después de una memorable respuesta digna de un héroe, besa y empapa con sus lágrimas la mano de su padre, y se retira para volver á empuñar sus armas.

VI. Así lo halla la revolución de 1820, que desconcierta todos los planes de pacificación y de reconquista. Desde este instante, la Nueva España queda aislada, y seis mil soldados españoles, que pueden agotarse en seis meses de combate, son la fuerza con que cuenta el Virrey para dominar la insurrección, que ya amenaza contagiar á las fuerzas mexicanas realistas. Ya surgen por todo el interior del país las antiguas partidas. Guerrero ve aumentarse rápidamente sus tropas y osa trasponer los límites de su campo estratégico.

VII. En estas circunstancias, el Virrey Apodaca abandona su política de falsa dulzura para lanzar sobre Guerrero lo más selecto del Ejército y, en combinación con las partidas realistas que guardaban las ciudades del Sur, asestarle un golpe decisivo. Entre tanto, un conciliábulo de españoles influyentes, en que aparece complicada la aristocracia clerical, ha resuelto dar otra solución al problema político. Trátase de asumir la autoridad suprema, deponiendo al Virrey, y declarar la Independencia . . . ; es decir, se trata de interrumpir la comunicación con la España revoluciona-

ria, negarse á obedecer al Rey mientras sea cautivo de las Cortes, y si el Monarca logra burlar la vigilancia de los que llama sus tiranos, ofrecerle seguro puerto y, provisionalmente, un trono en sus dominios de Nueva España.

Para realizar este proyecto era indispensable engañar al Virrey, deslumbrar al pueblo mexicano, calmar la inquietud de los españoles y vencer, ante todo, la desconfianza de Guerrero. Todo fué ejecutado con singular habilidad. El Plan de Iguala, proclamando el principio de Independencia, dejaba ancho campo á las ilusiones políticas de españoles y mexicanos. El Jefe aparente del movimiento debería ser un mexicano; pero este personaje, consagrado á los intereses de España, había de unir al talento, á la audacia, á un alto concepto militar, una acrisolada fidelidad al Rey y, en primer término, un ardiente catolicismo. La elección recayó en el Coronel D. Agustín de Iturbide. En seguida, secretas y astutas influencias de confesionario hicieron sin dificultad que el Virrey le entregara el mando de las tropas.

VIII. Iturbide; al ponerse en marcha, camina bajo la obsesión de un ensueño de poder y de gloria. No escapa á su penetración ni la imposibilidad que sirve de base al Plan de Iguala, ni el efecto que la revolución de 1820 va á producir sobre la América Española. El porvenir de la Nueva España es ya visible en la Independencia de Chile y de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El empuje de la opinión es irresistible. Iturbide ve perdida su causa, descubre un nuevo acceso para su ambición y resuelve ponerse á la cabeza del movimiento. Guerrero escucha sus confidencias. Percibe al primer golpe de vista los móviles de ese nuevo patriota que pone al servicio de la insurrección su espada tinta en sangre insurgente; pero conviene en que todo puede concederse, por el momento, al que va á descargar el golpe mortal sobre el coloso. Iturbide, dotado del talento de seducción, provisto de dinero para el presente y de promesas para el porvenir, arrastrará en su séquito á los jefes realistas. Sean cuales fueren sus propósitos, va á ahorrar á la Nación el último, acaso el más breve, pero el más encarnizado, de los períodos de la lucha. En último extremo, si el Gobierno Español con las fuerzas expedicionarias é Iturbide con las tropas realistas empeñan el combate, ahorrarán inmensas fatigas á la espada de la República. Después, con sus tropas incólumes y el auxilio gratuito de los vencidos, Guerrero podrá caer en fuerza sobre el vencedor maltrecho y fatigado, y arrancarle el fruto de la victoria. Así, el héroe suriano, sin disimular su alborozo, y á reserva de tomar un partido conforme á la marcha de los aconteci-

mientos, cede el mando á Iturbide, que desde este instante es el Generalísimo de las fuerzas independientes.

IX. La campaña dirigida por Iturbide se ha comparado á una marcha triunfal. Todo cede á su paso. Cuando llega á una ciudad ocupada por el enemigo, ya los emisarios diplomáticos que preceden á su Ejército, han obrado un milagro de conversión, y sólo tiene que firmar capitulaciones y recibir ardientes protestas. Su nombre, sus fuerzas crecientes, sus cartas de donde brotan seductoras promesas, dan en tierra con la fidelidad jurada de los mismos jefes españoles. Resurgen por diversas partes y, á ejemplo de Guerrero, se someten á la autoridad del Generalísimo los combatientes abismados por la derrota. Al fin, cuando sólo México, defendido por seis mil españoles, parece resuelto á defenderse, el nuevo Virrey, O'Donjú, que desembarca en una tierra donde no halla sino insurgentes, acepta las bases del Plan de Iguala subscribiendo los *Tratados de Córdoba*. Nueve meses después de la defeción de Iturbide, el pueblo mexicano presencia la entrada del *Ejército Triguarante*.

X. La gloria de Guerrero esplende en su inquebrantable constancia. Su obra, en comparación con sus recursos, es colosal. Mantiene despierta la esperanza, reanima el valor, enseña con su ejemplo cómo se puede resistir y hostigar á un enemigo poderoso. Hace imposible la seguridad de los españoles. Arruina, dejándolas desiertas, las inmensas propiedades que éstos poseen en aquel teatro de sus hazañas. Dificulta y á veces interrumpe el comercio con el Oriente. Logra hacer del Sur una zona rebelde que desde entonces hasta la época de la Reforma ha sido el refugio de la libertad; y fija allí un centro de atracción, á donde acuden todas las actividades armadas por el patriotismo ó por la sed de venganza. Hace estragos en el tesoro español, que, ya empobrecido por la guerra, se agota en perseguirlo; y durante cinco años irrita, hace sangrar y encona la ancha herida que la espada de Morelos abrió en el poder de los virreyes.

· QUINTA PARTE.

I. La Historia da por terminada la lucha y consumada la Independencia el día *27 de septiembre de 1821*. Así lo creyeron nuestros padres, y el júbilo se desbordó con la sincera fe y el entusiasmo candoroso de un pueblo que entraba entonces en la infancia de la vida

política. Pero aquella Independencia realizada por Iturbide, aun suprimiendo las milicias peninsulares no adictas al Tratado de Córdoba, dejaba intacto el orden político y social creado por la Conquista. Desvanecida la primera impresión, veíase aún en pie y amenazante el elemento colonial. Los grandes propietarios del territorio, españoles; españoles los explotadores de los terrenos argentíferos; españoles ó mexicanos españolizados los funcionarios públicos y los jefes del Ejército. Firme en su puesto toda la siniestra comparsa de los que habían arrasado los pueblos, fusilado á las mujeres, martirizado á los indios y excomulgado á la libertad y á los insurgentes; y por cima de todo, el Dios español, los obispos, los capellanes del Rey, el clero español, inviolable como el Dios mismo y aun más poderoso en el dominio de las conciencias. ¿Sería posible comenzar á desembarazarse de estos elementos fiando la representación nacional á un congreso de militares borbonistas, de condes, de canónigos, de criollos legitimistas y devotos, de un mísero grupo de patriotas republicanos con un General español por Presidente? Vigorosa y osada la formidable plutocracia que, dada la ocasión, sabía deponer y encadenar virreyes, veía con altanero desdén aquella Independencia del momento, pasajera interrupción del orden, de que tomaban nota las potencias católicas ya restauradas. Pero el pueblo inexperto se abandonaba á las ilusiones de la esperanza. Traía á la memoria diez años de guerra, de miserias, de duelo, de asolación, de venganzas y de espantosos rigores; veía como suyo un Ejército de cincuenta mil hombres, un grupo de Generales realistas unidos en la idea de la patria; y en el centro de esta brillante pléyade, á O'Donojú, á Guerrero y á Iturbide, que, dirigiéndose á la multitud, le hablaba como un padre: *ya sois libres; ahora os toca á vosotros ser felices*. Nada más natural que el deslumbramiento.

II. Con todo, la idea de una Nación soberana, de abogados, de curas y de escritores liberales y de indios ciudadanos, representantes del pueblo, estaba tan distante del espíritu del Generalísimo, como éste, futuro Emperador, lo estaba de los insurgentes republicanos. Muy pronto, el redoble del tambor de Pío Marcha anunciaba á los entusiastas de la libertad que la Nación tenía un Señor, un Virrey mexicano! Bajo la aureola del *libertador* se dibujó distintamente el gesto altivo del criollo aristócrata. El Emperador desdeña á los patriotas para rodearse de obispos, de consejeros absolutistas y de Generales devotos. Se declara que antes de Iturbide no habían existido héroes. La historia de la Independencia comenzaba con la salida del Generalísimo y el Plan de Iguala. El

reguero de osamentas que el sol blanqueaba desde Monclova hasta Acapulco no había tenido más efecto que viciar el aire; la sangre derramada no había allanado los obstáculos con la fuerza de su corriente, y los hombres ilustres, marchando al suplicio ó espirando sobre los campos de batalla, habían dejado intacta la potencia que el Coronel D. Agustín de Iturbide acababa de aniquilar con su espada.

Este hombre, que tenía entonces en sus manos el destino de la patria, era víctima de una extravagante pretensión que se asemejaba al delirio. Vefía como en el campo de los sueños, y esbozándose en un velo de bruma, la enorme masa de las legiones imperiales, tendidos los clarines, flotando al aire las banderas, y al frente, aislado, pensativo y friolento, al César prodigioso, á cuyo paso se habían estremecido las pirámides y parecía cuadrarse como un granadero de la Guardia, la Esfinge, soberana del desierto. Aquel paletó gris, aquellas águilas, aquel sombrero negro con el ala enriscada por el viento de las batallas, lo sacaban de quicio: Ya no sería en lo sucesivo sino un mal cómico ó un mal andante caballero, cuyo Amadís de Gaula era el héroe del siglo.

Al amor y á la admiración sucedió el desprecio. Los españoles, poco antes chasqueados, vieron robustecerse su esperanza, porque el Imperio, añadiendo á sus desvaríos el exclusivismo de raza, favorecía inconscientemente la restauración española. *Americanos*, decía Iturbide en su manifiesto, *¿quién de vosotros puede decir que no desciende de español? . . .* Guerrero, que se hallaba presente, y cuatro millones de indios que habían dado héroes á la patria y que sustentaban con su trabajo á seis millones de blancos, podían disipar todas las dudas que á este respecto abrigaba el Generalísimo.

III. La Independencia, ó bien, el aislamiento de España, puramente administrativo, á que se daba aquel nombre, era considerado como un hecho, y ahora todos los esfuerzos se dirigían á la conquista del poder: los insurgentes, para ensayar una reforma del estado social; la aristocracia militar y eclesiástica, para ampliar ó, al menos, para conservar sus prerrogativas; y el partido español, para allanar con un gobierno de su hechura el camino de la restauración á la autoridad de sus soberanos legítimos. El grupo iturbidista, que se hacía impopular con sus desaciertos, quedaba aislado. Era fácil prever la natural orientación que, á la caída del Imperio, tomarían los partidos. Lógicamente, los elementos español, militar y eclesiástico debían constituir un solo cuerpo en contraposición con los insurgentes republicanos. Surge de nuevo, clara

y terminante, la cuestión de la Independencia. La salida, la fuga de Guerrero que se dirige al Sur para ponerse al frente de sus antiguas tropas, inicia la época que en Europa llaman de desorden y de anarquía, es decir, el brillante período en que un escaso número de patriotas toma á su cargo la empresa colosal de aniquilar los restos del partido español y convertir en realidad los sueños de 1815. La lucha va á ser dilatada y no menos sangrienta que aquella que cubrió de horror los campos de Pernaran y de Aculco. El adversario es formidable. Una parte de ese enemigo es española; otra se liga al clero por el fanatismo, por el interés ó por la sangre. Ambas son opulentas. La facción colonial tiene por aliados á las potencias católicas. Y desde entonces, una política de hostilidad implacable, ya descarada, ya pérfida y tortuosa, va á desarrollarse para obstruir las tendencias republicanas. El arma principal, mientras puede madurarse un golpe de mano para anonadar á la República, será la calumnia, gárrula en la prensa, grave y acompasada en la tribuna del parlamento. Un cuerpo diplomático escogido para el espionaje, soberbio y camorrista, destinado á imaginar agravios y preparar reclamaciones, estará siempre en vela para empeñarnos en un conflicto. ¿A dónde termina este período? ¿Se ahuyenta el peligro cuando Copinger abandona el Castillo de Ulúa y Barradas las orillas del Pánuco? . . .

IV. Desde el Grito de Dolores ha transcurrido apenas un siglo. Todavía el viajero que se aventura por las sierras tropieza con los cráneos despedazados por las balas de Calleja y de Armijo; y ya se acentúa una política generosa que desea sepultar todos los rencores con las cenizas y, si es posible, con la memoria de los tiranos y de las víctimas. Noble y feliz ensueño! La idea de una *reconciliación* fundada en el *olvido* es evidentemente absurda. Presentar á México y España en un drama romántico, olvidando como Romeo y Julieta el odio secular de dos generaciones, es desconocer la estructura del corazón humano y el dominio y la persistencia de los intereses políticos. Una parte de la Nación Española, obstinada y altiva, será eternamente irreconciliable. Actualmente, dada la ocasión, la España liberal vería ponerse en pie, sin faltarle una sola pieza, y armada con su odio y su sangrienta intolerancia, la corte de Fernando el *Deseado*. Flon y Calleja existen y son inmortales. En vano esperaremos que Olózaga y Calomarde, aceptando nuestro generoso perdón, tiendan la mano á los mexicanos rebeldes. Por otra parte, la libertad de América tiene en el pueblo español magnánimos é ilustres propugnadores. Estos no necesitan que un prodigio de la habilidad diplomática los acerque á nosotros.

Ha tiempo que están en nuestras filas. Ondeja sobre nosotros la misma bandera. Mina huyendo de España para caer aquí sobre las tropas del Virrey, no hace más que cambiar de sitio sobre la misma línea de batalla. Es idéntico el enemigo. La mano que hiera al Cura de Dolores es la misma que rapa la cabeza de Argüelles y estrecha el dogal en la garganta de Riego. Y ese enemigo es perdurable. No, no es el olvido, sino el vívido y persistente recuerdo de nuestras comunes afrentas el que debe estrecharnos con la augusta falange de los patriotas españoles.

México, marzo 31 de 1910.